

## **Elizabeth**

*Martha Eugenia Paz Castro'*

Cuando se sienta en la mesa del comedor, llena de papeles insertables, periódicos viejos y un cenicero lleno de colillas de cigarrillo que sin duda alguna ha fumado en la última hora, Elizabeth enciende una lámpara que ilumina su rostro. Es una mujer anciana, llena de arrugas. Su figura es escuálida y su vestido, más que una vestimenta normal, parece parte de su piel. Suspira y su mirada parece perdida en el tiempo.

-Yo soy una mujer sencilla muy sencilla y medianamente culta, prudente con lo que digo y hago, porque me indignan las personas que hablan de cosas que no saben. Cuando alguien no sabe de una cosa lo mejor es que se calle. Yo tengo esa política, así no me hago la que sé y no la embarro con las personas con las que hablo. El día de mañana uno se puede encontrar con mucha gente que sabe más que uno y queda como un ignorante. Además, me considero una mujer pensante, eso es lo más importante, una persona que piensa y analiza las cosas. Por ejemplo, la situación actual del mundo, con esa guerra que se han inventado ahora, una guerra espantosa, que pienso no tiene razón de ser. No fue como la que vivimos nosotros, los polacos, aunque en esa también hubo persecución y muerte, pero es diferentísima. Ahora bien, si alguien se pone a analizar lo que yo pienso tiene mucha razón porque, aunque no soy de acá, quiero mucho a Colombia, pero no estoy de acuerdo con lo que están haciendo. La guerra, la guerrilla, eso no es guerra, es algo increíble. Aquí juegan a la guerra, todos los días hay muertos, pero una guerra dentro de un país, entre hermanos, no se justifica. Eso está bien si te invaden de otro país, pero no entre hermanos. Eso es lo más triste, sobre todo me duele mucho la indolencia de los colombianos frente a todo esto, porque si no tocan a una persona, entonces les importa un pito, pero

---

<sup>1</sup> Popayán, 1983. Estudiante de Administración de Empresas, Universidad Icesi, Cali.

si la tocan, entonces es el dolor, el dolor de la familia, las consecuencias. ¡Qué cosa tan horrible, es espantoso!

Cuando Elizabeth tenía seis años estalló la Segunda Guerra Mundial. Sacaron a su padre de su casa y nunca, ni ella ni su familia, supieron qué había pasado con él. Alguien, algún día, llegó con la noticia que lo habían llevado a un campo de concentración y que había muerto fusilado.

- Cuando yo viví la guerra fue muy distinto: lo primero que hay que aclarar es que mi familia y yo no somos judíos, somos católicos. Por eso es que hay que advertir que la guerra no fue sólo la persecución a los judíos, sino también la persecución a la inteligencia polaca y a la clase alta del país porque, en ese entonces, los ucranianos eran las clases trabajadoras y nosotros éramos los patrones, como una especie de amos. Entonces cuando estalló la guerra estas personas se volvieron contra nosotros apoyados por los alemanes.

Luego de reponerse de la muerte de su padre, la familia de Elizabeth fue separada. Con la división de Polonia todos sus parientes, que estaban en la parte opuesta de la que se encontraban ellas, desaparecieron sin dejar rastro alguno, y jamás volvieron a saber de ellos. Después de esto, Elizabeth, su madre y hermana tuvieron que sufrir la condición de desplazadas. Vivieron una gran pesadilla al tener que huir y dejar todo y perder sus pertenencias, por temor a una persecución que en este caso no tenía que ver con ninguna religión, sino contra su propia raza.

- En el momento que decidimos emigrar, mi mamá lo poquito de joyas que tenía se las metió en la faja que llevaba puesta: las joyitas, las moneditas de oro, qué sé yo. Aunque salir era demasiado difícil lo hicimos en un tren, nos tiramos prácticamente a un vagón de carga, en una plataforma. En ese momento íbamos casi sin nada. Mi mamá nos había hecho unas maletitas de esa tela de lino, con lo indispensable.

A la primera parte que llegaron Elizabeth, su madre y hermana, fue a Austria. En ese país estuvieron un año y medio.

- Como en ese momento no teníamos dinero, comíamos cebolla cruda y como unos ñuques de una harina negra que nos preparaban. Eso era asqueroso pero no podíamos comer otra cosa, como frutas, porque no había nada. Cuando llegamos allá nos fuimos a vivir a un "petit" hotel, una pensión muy linda. Luego nos trasladamos a Kiqs-

ve, un lugar hermoso pero frío, y allá aguantamos un año con lo que mi mamá tenía. Ella iba sacando las joyitas, las vendía, y así podíamos comprar unas tarjetitas con las que se podía comprar algoito.

En calidad de desplazadas, Elizabeth, su madre y hermana se movían mucho. De Kiqsve salieron a Tiró y llegaron a una granja en la que trabajaron. En las mañanas ordeñaban y luego vendían la leche y el queso clandestinamente mientras los aviones volaban sobre ellas. Para ese entonces Elizabeth ya tenía diez años, entendía perfectamente lo que estaba pasando y se aterrorizaba cuando oía el motor de los aviones.

Su madre creía que la única forma de proteger a sus hijas era emigrando otra vez, así que recogieron lo poquito que les quedaba y se fueron para Italia.

- En Roma estuvimos alrededor de tres años y medio. A mí me metieron en un colegio muy exclusivo porque nos ayudó mucho la Cruz Roja Internacional, y como mi madre era de apellido noble, entonces tenía más apoyo. En el colegio nos recibieron unas monjas muy subidas. Para ese entonces ya la guerra se había acabado y sucedió un problema internacional porque todos los desplazados se vinieron a Italia que estaba muy mal económicamente.

Poco después, viendo el problema por el que estaba pasando Italia, mi madre decidió que iríamos a Argentina porque por ahí se decía que en este país lo recibían a uno con los brazos abiertos, y así fue, cuando llegamos todo era distinto. Además, íbamos recomendados, y es que cuando uno tiene palanca las cosas definitivamente son muy diferentes. A mi hermana y a mí nos recomendaron en el colegio Sagrado Corazón. Claro que cuando llegamos fuimos muy discriminadas porque no teníamos plata. Me tocaba usar los uniformes y los útiles de las exalumnas porque no teníamos con qué comprar, pero de todas maneras ahí estuve. Luego me tocó salir a trabajar para ayudar a mi madre. Eso fue muy duro. Por esos días estábamos buscando un apartamentito porque mi hermana se casó, y teníamos que tener mi mamá y yo otro apartamentito. Pusimos un aviso y después de buscar llegamos a un edificio muy lindo., Ahí arrendamos y conOCÍ a un vecino colombiano muy buen mozo. El estaba haCIendo una especialización en medicina. Entonces, empezamos a salir. Me "tramó':

Después de un tiempo, Elizabeth y su novio se casaron. Él salía en la mañana al hospital y ella a su trabajo. Tuvieron dos hijos, uno es médico y la otra es abogada.

- Decidimos venirnos a Colombia porque mi esposo quería volver a su tierra. A nosotros allá no nos hacía falta nada, aunque no teníamos lujos pero, bueno, éramos felices. Cuando llegamos a Colombia era víspera de navidad: creo que era un 22 o 23 de diciembre. Para mí estar en una tierra extraña, con dos chicos, fue terrible. Además, los chicos y yo estábamos acostumbrados a la navidad en Argentina. Acá es muy diferente, todo gira en torno a los regalitos. Nosotros no estábamos acostumbrados a eso, así que cuando llegamos, después de un viaje largo y un vuelo terrible, tuvimos que salir corriendo a comprar algo para los chicos.

Para Elizabeth también fue traumático el momento en que conoció a sus suegros. Su suegra era una mujer terrible, que vivía de las apariencias y siempre estaba en función de la moda y del qué dirán. Elizabeth la encontraba insoportable. En cambio su suegro era una persona sencilla que escasamente sabía leer y escribir. Él siempre fue un gran apoyo para Elizabeth.

-Unos años más tarde nacieron mis otros dos hijos y yo me empecé a acostumbrar a mi nueva vida. Realmente me adapté muy bien y gracias a esto he vivido todos estos años acá. De verdad, mi vida aquí ha sido muy feliz, aunque con el paso de los años me di cuenta que mi esposo me era infiel. Así que en un ataque de locura lo saqué de mi casa con la policía y nos divorciamos. Mis hijos se casaron: uno vive en Estados Unidos, otra en Inglaterra y los otros dos viven aquí en Colombia. Yo estoy muy en contacto con ellos y con mis nietos, aunque no los veo mucho porque no soporto a mis nueras que son unas brujas, pero ya está, en mi vida he tenido que pasar muchas cosas duras así que ya estoy acostumbrada.

Con el paso de los años, Elizabeth ha tenido que aprender a lidiar y a manejar su soledad. Ella es consciente de que la vida tiene su curso, que sus hijos y nietos ya están labrando sus propios destinos y que tiene que dejarlos ir.

- Hay algo que ha sido muy importante para mí y que me ha mantenido siempre firme en la vida, algo que me decía mi madre y que nunca he olvidado, y es que hagás lo que hagás en la vida nunca se te va a caer la corona de la cabeza, porque tenés clase, tenés en-

señanzas, sos una persona de bien, aunque te toque restregar baños nunca vas a dejar de ser gente, yeso es lógico, a cualquiera le puede pasar. Uno nunca sabe lo que puede pasar en la vida, entonces vos sos lo que sos, y no importa lo demás. La apariencia importa nada yeso es lo que uno tiene que aprender en la vida, no dejarse llevar por el qué dirán, no, vos sos vos, yeso es lo que me enseñó la vida. Y todavía sigo sobreviviendo. Es tenaz pero nico. Yo trato de transmitirle a las personas que conozco - a mis hijos, a mis nietos- que aprendan algo de lo que la vida vale, y que aprendan a VIVIR. Creo que por esto he sido feliz.

Junio de 2003